

## LA EDUCACION. SU INFLUJO EN LA FAMILIA.

---

Bajo una impresion grata y risueña, tomamos hoy la pluma para trazar, siquiera sea á ligeras pinceladas, el cuadro magnífico y conmovedor, de cuyo poético fondo deben robarse las tintas que han de iluminar el presente artículo.

Immensa es la tarea que me impongo, lo sé; y tampoco se me desconoce que mis hombros son débiles para carga tan pesada. Mis vacilaciones, sin embargo, desaparecen ante la grandeza del pensamiento, y con la mirada fija en el cielo y con cristiana energía en el corazón, emprendo el camino que me he propuesto recorrer con planta firme y segura.

En multitud de volúmenes se ha tratado hasta la saciedad la delicada materia que sirve de epígrafe á este artículo. Los más eminentes y claros ingenios en la ciencia han pretendido decir su última palabra sobre asunto de tan grave trascendencia; y no obstante, el asunto siempre parece nuevo, jamás se agota, nunca se estingue: y cuando se cree depurado hasta sus más escondidos límites, cuando se considera que esa planta fecunda en avontecimientos múltiples, ha dado con su sàvia todo el jugo que contenia, llegan nuevas lumbreras al campo del saber humano, y en otros volúmenes, y en el folleto, y en el periódico, y en el drama, y en la comedia, y en cuanto se roza con la ciencia ó con el arte, se trazan nuevas formas, diversos medios, procedimientos distintos para la perfectibilidad de ese tema no interrumpido que llamamos «*La Educación.*»

Tal convencimiento se abriga de que sin ella no puede existir la sociedad: no es posible la familia.

Y tan indispensable se hace y tan necesaria se juzga, que to-

dos los pueblos de la tierra donde luce la antorcha de la civilización, en sus distintas religiones, en sus variadas formas de gobierno, en sus opuestas escuelas políticas, han dado la preferencia, han colocado sobre el tapete, digámoslo así, la que consideran como capital y esencialísima cuestión, como cuestión de las cuestiones, siempre por cima de todas las demás colocada: la cuestión de *Instrucción pública*, raíz, base y cimiento de la educación.

Con efecto: los adoradores de un falso profeta: el cisma con sus absurdos ridículos: la soberbia protesta en medio de sus repugnantes liviandades: ¿y qué más? hasta Voltaire y Juan Jacobo con tantos otros desventurados de caritativa compasión dignos, han convenido unánimes, si para todo ciegos, en lo que no podían menos de convenir, «en que la educación es la base de la familia: que sin familia no hay sociedad posible, puesto que la sociedad la constituye la gran familia del linaje humano.»—Conformes con este incontestable principio, sólido y fundamental en que todos marchamos de acuerdo por ser la opinión común universalmente consentida, réstanos añadir, si bien someramente, por cuanto este asunto se ha tocado de un modo magistral por sabios y profundos moralistas, que si esa educación indispensable y necesaria en todos los ramos del saber, se acentúa más en su parte más bella que es la moral católica, y con sus máximas divinas se forma el cerco de diamantes que ha de aprisionar el corazón de la mujer cristiana, puede confiarse todavía en la salvación de una generación corrompida, cuyo naufragio parece inevitable y para el que no se alcanza humano remedio, sino se aparta con el tiempo del funesto derrotero de sus desatentadas pasiones.

La mujer católica. He aquí sintetizado nuestro pensamiento todo, nuestras ideas, nuestras aspiraciones, el consuelo de la humanidad que sufre, acaso la esperanza única de la sociedad; el porvenir, tal vez, de las futuras generaciones.

Poema inimitable de ternura,

Escrito siempre en celestial poesía.

Ese poema lo constituye la mujer fuerte del Evangelio. La reproducción de las Ester, de las Judit y de las Susanas. La exacta fotografía de la madre de los Macabeos. Las herederas legítimas de aquellas divinas y esforzadas doncellas que con sus horrendos martirios en los anfiteatros de los Césares, legaron al sexo débil inmarcables coronas de sus sienes desprendidas y en pura y generosa sangre empapadas.

La mujer es la llamada á salvar al universo, y lo salvará. Porque del corazón de una madre irradió la luz celestial que pudo herir con los rayos de la verdad las pupilas de San Agustín. Porque las lágrimas de una esposa consiguieron lavar manchas indelebles de reprobación eterna. Porque los encantos y

virginal inocencia de muchas hijas apartaron á los autores de sus dias de los abismos del error. Y sobre todo, porque muger fué aquella muger incomparable, entre todas las mugeres bendita, que al llamarse Hija sumisa, Virgen y Madre, y castísima Esposa, vino á romper las odiosas cadenas de la esclavitud, y á regenerar ennoblecendo esa delicada criatura formada de la costilla del hombre.

¿Podrá haber nadie que desconozca la dulce y eficaz influencia de la muger católica en el hogar doméstico? ¿Y es dado á ninguno libertarse de esa influencia por más que lo pretenda? De ningun modo. La persuasión cariñosa, el suave convencimiento, el ejemplo de su virtud y la severidad de sus rectas costumbres con que modela sus acciones todas, encaminadas por el sendero de la perfeccion, son las fuertes palancas conque remueve las montañas de las contrariedades, el poderoso arsenal en donde elige las armas conque asegura el vencimiento en las luchas que ha de sostener con los objetos más queridos de su corazón.

Como hija primero, una ligera sonrisa de sus labios juveniles, es el iris de paz que deshace las borrascas de la severidad paterna.

Esposa despues, no hay quien pueda resistirla un alhago, una caricia prodigada á tiempo, mucho ménos una cristalina lágrima que acaso se reserva como recurso supremo para las situaciones difíciles.

Madre más tarde, es ya invencible con ese título sagrado; y todo cede y se estrella todo ante el irresistible argumento de una vocecita que balbucea el ininteligible nombre de papá. El hijo es el impermeable escudo que libra á las veces del chaparron en alguna tormenta del hogar.

En una palabra: desconocer el influjo de la muger en la educacion de la familia, el protectorado sobre sus hijos, y su benéfica iniciativa en los asuntos de su reducida colonia, es desconocer que el sol alumbra y presta vida y calor al universo. Por la muger se contiene el padre dentro de los límites del decoro, economizando siempre ante sus hijas frases mal sonantes que pueden herir sus castos oidos. A la muger debe el esposo la regeneracion de viciadas costumbres. La muger, por último, es la primera que enseña á sus pequeñuelos un nombre dulce y de inefable ternura, el hermoso y divino nombre de la VIRGEN MARIA.

¡Dichosa ella mil veces, que pende de entre sus manos la salvacion de la humanidad! ¡Yo la considero, y considerarla debemos todos, como el arca de salvacion que ha de darnos refugio para sobrenadar en el espantoso diluvio que se prepara...!

Las precedentes consideraciones ha venido á sugerirmelas la escena inimitable, tierna y conmovedora de que me ocupo al encabezar este artículo.

Esa escena, cuyo grato recuerdo jamás se borrará de mi memoria, ha tenido lugar en uno de los salones del Establecimiento, de

Beneficencia de esta Ciudad, dedicado por las respetables Hermanas de la Caridad para cierta clase (la de párvulos) de las distintas fundadas por las mismas en aquel santo asilo para la educacion de niñas, y con motivo de los exámenes públicos y distribucion de recompensas à las educandas, todo costado por las indicadas hermanas

Cuanto pudiera decirse sobre acto tan solemne y trascendental, sería pálido, desvirtuaría la grandeza del mismo, y acaso pudiera borrar impresiones del corazon que mejor se sienten que se esplican. Era menester ser testigo ocular de los mil y mil episodios que en aquel local se sucedían, suspendiendo el ánimo por lo extraordinarios, habida en cuenta la corta edad de las niñas, para que con lágrimas en los ojos y el alma arrobada en santa ternura, exclamasen en los labios rebosando sentimiento y con embriagador entusiasmo—«¡En este sitio se cierne invisible el espíritu de Dios!»

¿Y como no? Digna de asombrosa admiracion es la educacion que se imprime à las niñas en aquel centro; y el menos pensador comprende que nada es comparable con el perfeccionamiento de tan delicadas y débiles inteligencias en lectura y escritura, en matemáticas, en gramática, en geografía è historia, y en primorosas labores propias del hermoso sexo. Pero sobre todo, donde han estremado aquellas buenas señoras su educacion, es en la parte moral, alimento del espíritu; y todas las niñas, absolutamente todas, llevan bien impreso en sus almas tiernas y candorosas el sello que nunca se extinguirá, que jamás puede borrarse, donde en relieve se encuentran estampados los fundamentales principios de nuestra Religion sacrosanta con todos sus adorables è incomprensibles misterios.

Enternecido ante aquel espectáculo sublime: fija la mirada en el inmenso graderío cuajado de niñas; resaltando del fondo de aquellas gradas un magnífico lienzo que decora el testero todo de la pared, y cuyo cuadro representa la santa cena; destacandose de su centro la hermosa y tranquila figura del Redentor de los hombres que dominaba por completo aquel ordenado grupo sonriente y bello, y con la divina diestra alzada en actitud de bendecir el pan de la vida, más bien parecía que su bendicion en aquellos momentos iba dirigida à tantos seres angelicales à su alrededor apiñados; absorto, repito, ante escena tan inimitable, un mundo de ideas se agitaba en mi cerebro; medité ... y meditando, pude llorar y descargar mi pecho de la opresion que le embargaba. No me avergüenza esta franca declaracion espontánea, como todos mis afectos. Lloré, sí, por que entre aquellos seres infantiles contaba con dos hijas queridas de mi corazon.

El remate de aquel cuadro fué para mi una idea consoladora. Viendo aquella educacion religiosa que perfuma tanta cabecita rubia ó cubierta de negros rizos; contemplando tanta diversidad de

rostros, morenos estos, blancos aquellos, y todos de candorosa inocencia saturados: al observar ya los ojos picarescos y brillantes de negro azabache, ora los lánguidos y tiernos de azul tranquilo: entre aquel abigarrado mosaico, en caras, en trages, y en colores, y en situaciones, que semejaba un arco-iris bullicioso en el cielo de la esperanza, no pude menos de pensar; — «esa es la generacion que al sucedernos nos precipita á la eternidad: Dios la guia por los caminos de la virtud.» —

Reciban las respetables Hermanas el expresivo parabien que desde estas columnas las dirijo por la semilla que con tanto acierto é incansable afan vienen sembrando. Y recíbalo con especialidad la digna Presidenta, que es considerada como la principal sostenedora de esas clases de educacion y á cuya iniciativa se deben.

No terminaré sin manifestar toda mi amarga sorpresa, cuando se me ha asegurado que acaso no vuelvan á abrirse esas clases por falta de recursos. Mucho perderia la poblacion: mucho perderiamos los padres de familia.

¡Y sin embargo, los Gobiernos y los pueblos que comprenden como necesidad primera la instruccion primaria, dedican sumas enormes á tan plausible ramo, y tal vez los que las perciben están muy distantes de colocarse á la altura de su sagrado magisterio...!

J. M. PUCHE.

---

## MADRIGAL.

---

Yo estaba ciego; me miraste un dia,  
 Y al resplandor de tu mirada, ví;  
 Y sintiòse feliz el alma mía,  
 Mas aun que por ver, por verte á tí.  
 Nunca turbàras mi apacible calma:  
 Pues si admirar la luz del sol logré,  
 Tu beldad conmovió mi virgen alma,  
 Y ciego ¡ay Dios! ciego de amor quedé.  
 Mis sollozos jamás te enternecieron  
 Ni un eco halló en tu pecho mi dolor:  
 ¡Arrancame los ojos que te vieron,  
 Si así puedes borrar mi infausto amor!

J. B. NAVARRO.

---

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### ORIGEN Y ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA.

#### I.

Los primeros tiempos de la historia se encuentran envueltos en tal oscuridad, que cuanto sobre ellos se diga ha de resultar necesariamente aventurado é incierto. Para explicar su origen, todos los pueblos han perpetuado, sin embargo, en su seno ficticias tradiciones, según las cuales debieron la existencia á sucesos extraordinarios, muchos de un orden sobrenatural, desfigurando más y más la verdad histórica esas crónicas fabulosas. Por lo que á nuestra nación respecta, y á pesar de haber aseverado con seriedad algunos escritores que Tubal nieto de Noe fué el primer poblador de España, es igualmente difícil averiguar nada cierto sobre unos tiempos generalmente poco conocidos.

Dejando, pues, ese periodo inaccesible á las investigaciones históricas, y entrando en otra época más avanzada, vemos á los *Iberos*, oriundos de la India Esclítica, habitar nuestro territorio, que posteriormente comparten con otra nueva raza, los *Celtas*, por lo cual se conoce esta dominación con el nombre de *Celtibera*. La posesión tranquila en que estos pueblos estaban de nuestro suelo, fué bien pronto turbada por la ambición inconsiderada de una República, que á la sazón se ostentaba en el apogeo de su poderío.

Cartago, comerciante y guerrera, era tan poderosa por sus ejércitos aguerridos, como por la extensión de su comercio y el tráfico de sus flotas. Estimulados los cartaginenses por las riquezas de la península, fijaron en ella su planta como pacíficos mercaderes en un principio, y como conquistadores después. Dueña la república cartaginense del territorio ibero, dilató su esplendor hasta el punto de infundir serios recelos á otro pueblo que, no menos fuerte y vigoroso, aspiraba por aquel entonces al dominio del mundo.

Roma y Cartago se descubrieron mutuamente que marchaban á un mismo fin: ambas repúblicas igualmente poderosas, abrigaban el pensamiento de imponer su dominación y sus leyes al orbe conocido, y desde aquel momento, comprendiendo que una debía dejar de existir, la lucha se hizo inminente, prometiendo ser encarnizada y sangrienta. Las guerras que la historia conoce con el

nombre de *Pùnicas*, decidieron que la civilizacion romana fuese la civilizacion del mundo, y en vano el gran Anibal llegó hasta colocar su bandera á vista de la ciudad eterna; aquellas victorias solo sirvieron para que el caudillo cartaginense inmortalizase su nombre, y para que Sagunto diese el primer ejemplo de lo que vale un pueblo que sucumbe por su independendencia.

La gran batalla de *Zama*, en la que pereció Cartago, abrió las puertas del mundo á las legiones romanas, que en tiempo de Augusto fijaron ya resueltamente en España el yugo de la dominacion.

## II

En el periodo reseñado, solo hemos visto habitar la península pueblos y razas distintas, que lo mismo invaden, que emigran; dominaciones sucesivas, veloces como tempestades pasajeras, y sin condiciones de estabilidad ni de arraigo. Por lo mismo consideramos absurdo el señalar esta época como el comienzo de la nacionalidad española; es decir, de un pueblo subordinado á unos mismos principios, sugeto por idénticos lazos, y viviendo con independendencia de los demás, condiciones inescusables en que se apoya la existencia de un *Estado* como tal.

¿Ni qué caracteres de unidad presentan en esta época las diversas razas que sucesivamente habitaron el suelo español?

No solo no encontraremos un vínculo civil, ni político, ni religioso, si que tampoco pudo existir, dado aquel estado continuo de emigraciones, conquistas y enconadas luchas.

Para encontrar los primeros indicios de vida nacional, debemos pasar á otros tiempos más posteriores: es indudable que la dominacion romana vino en cierto modo á imprimir el sello de la unidad en la península, importando á ella las leyes, costumbres y hasta el idioma imperial; pero si bien la raza latina asentó su planta en el suelo español para no abandonarlo jamás, y la gran obra de la civilizacion romana habia de perpetuarse indestruible hasta nosotros, no puede afirmarse sin incurrir en ligereza, que de este periodo data el principio de la nacionalidad española, pues sucesos posteriores vinieron á transformar la faz de aquella época, alterando notablemente las ideas, las instituciones y hasta la misma raza latina. Aludimos á la, invasion goda.

## III

No vamos á investigar las causas que motivaron la destruccion del imperio de los Césares: viciados los cimientos de aquella gran sociedad, á la austeridad primitiva, sucedió una relajacion sin límites, y entregada en brazos del más desenfrenado sensualismo, llegó á perderse en ella hasta el sentimiento de la patria. Atila, llamado el azote de Dios, fué el instrumento de que se valió la

Providencia para el castigo de aquel pueblo envilecido y caduco.

Entre las hordas invasoras del imperio romano, se encontraban los godos que se posesionaron de nuestra península, fijando en ella la base de una monarquía, cuyo primer rey fué Ataulfo. Este pueblo nómada y guerrero, sin más leyes que las prácticas consuetudinarias, ni más instrucción que la adquirida en los campos de batalla, al ponerse en contacto con la raza indígena, admiró las ventajas de la civilización romana, y lejos de destruirla, toleró al pueblo subyugado que se rigiese con independencia y conservase en su seno todas sus instituciones. ¡Tal es el predominio que ha ejercido la inteligencia en todas las épocas del mundo!

Godos y Romanos vivieron largo trecho, sin más vínculo de unión que el estar sometidos á la suprema autoridad de un monarca; por lo demás profundas divisiones separaban á estas dos razas, estableciendo diferencias tan poderosas, que basta exponerlas para derribar el aserto de los que han pretendido fijar en esta época el nacimiento definitivo de la sociedad española.

La prohibición absoluta de contraer matrimonio entre vencedores y vencidos, valla constante á la unidad de familia; la distinta legislación por que se regían godos y romanos, escollo perenne á la unidad civil y política, y la disparidad de creencia religiosa, (1) eran otros tantos motivos que dificultaban la fusión. Los dos primeros cuerpos legales de que hace referencia la historia de nuestro derecho son el comprobante más incontestable de aquel estado de separación. ¿Qué era en efecto, el *Código de Eurico*, sino una compilación del antiguo derecho consuetudinario, esencial y exclusivamente germánico, y cuya fuerza obligatoria se concretaba tan solo al pueblo godo?

El *Breviario de Aniano* por el contrario, calcado en las compilaciones *Gregoriana*, *Hermogeniana* y otros orígenes romanos, se formó para que por él se rigiese el pueblo vencido y para este únicamente tuvo autoridad.

Pero aquellas dos razas debían unirse para siempre; la consideración de vencedores y vencidos debía desaparecer, destinados como estaban romanos y godos, á formar un solo pueblo grande y poderoso. Veamos, pues, como esto tuvo lugar.

#### IV

El siglo VI de la era cristiana termina en nuestra península con un acontecimiento de trascendental importancia. Acaso él decidió la suerte futura de los habitantes de España. Nos referimos á la conversión de Recaredo al Catolicismo; este monarca, implantando sobre su trono el látigo de la redención, destierra

(1) Los godos eran fanáticos arrianos, al paso que los romanos eran católicos.

para siempre de nuestro suelo la secta arriana, y desde aquel momento, la unidad católica asume en una las aspiraciones religiosas de vencedores y vencidos y allana el camino de la unidad política. Además de ~~estas ventajas~~ interiores evitó graves disturbios internacionales la abjuración de Recaredo, pues las continuas luchas de los reyes francos y godos, no eran ciertamente otra cosa que la lucha del Catolicismo y el Arrianismo.

Desde el momento en que la unidad de creencias asimiló à conquistadores y conquistados, vemos ya una tendencia constante hacia la completa fusión, y así lo indicó el hecho de haber tomado algunos monarcas godos esposas romanas, y legislado preceptos, si bien aislados, obligatorios para ambas razas.

Desde entonces empieza à decaer la autoridad del Código de Eurico y del Breviario de Aniano y la desaparición absoluta de estos códigos coincide con la publicación del *Fuero Juzgo*, que viene, digámoslo así, à echar el sello à la fusión en la esfera del derecho, promulgándose con carácter obligatorio para todos los habitantes de la península.

El llamado *Libro de los jueces*, primer monumento legal de la sociedad española; este código admirable, así por la redacción de sus leyes, como por la sana filosofía que encierran; ese código, repetimos, cuyo mejor elogio lo han hecho hombres tan eminentes como Guizot, Ferrard y tantos otros, fija definitivamente la unidad civil y de familia en la España gótica-romana, declarando derogadas las antiguas compilaciones, y permitiendo los matrimonios entre individuos de ambos pueblos.

Llegamos, pues, al momento supremo en que la fusión se completa: desapareciendo las diferencias de origen y de hábitos con la amalgama de las castas goda y latina, podemos decir que nacía otra nueva raza, la puramente española, ó sea la misma que hoy existe, ligeramente alterada al contacto de la invasión árabe.

---

Hasta la dominación romana solo hemos visto frecuentes irrupciones, conquistas y emigraciones: desde el advenimiento de los godos hasta la publicación del *Fuero Juzgo*, dos razas poderosas vivieron frente a frente, sin que podamos fijar cual de las dos quedó vencedora, pues si los godos fueron conquistadores con las armas de la guerra, quedaron à su vez sometidos à la civilización romana, siendo conquistados con las armas de la inteligencia.

Es de notar que en el estado de coexistencia independiente en que ambos pueblos vivieron antes de la asimilación, no intentaron destruirse, sin duda comprendiendo que la Providencia los destinaba à formar una nación fuerte y magnánima.

M. ESCOBAR.

---

**EN LA AUSENCIA**

A. A.....

=

Para que te repitan cuanto te amo,  
De pensamientos, niña, te mando un ramo:  
Si de blanco rocío las manos mojas,  
Recoge tú la lluvia que hay en sus hojas;  
Que ese rocío  
Son gotas derramadas  
De llanto mio.

Las flores, que en la ausencia mi amor te envía  
Son ¡ay! los pensamientos del alma mía:  
Si ellos forman la dicha de tus amores,  
Aprisiona la esencia de sus olores;  
Porque esa esencia  
Es el amor mas grande  
De mi existencia.

JACOBO RUBIRA.

A...

¿Porqué lloras, queriendote yo tanto?  
¿Dime, Celia, porqué?  
Algo en tu pecho misteriosa ocultas,  
Y lo quiero saber.

¿No eres dichosa, como en otro tiempo,  
Que jurandome amor,  
Con ardiente entusiasmo me decías:  
«Seré tuya ò de Dios?»

.....  
.....

Más, todo lo comprendo; te avergüenzas  
De hablarme con lealtad,  
Y por eso á mi voz solo responden  
El eco y tu llorar.

Me engañastes, ingrata, y ahora quieres  
Que olvide yo mi amor:  
Un desengaño más... ¡pobre alma mia!  
¡Adios, adios, adios...!

JOSÉ MENCION.

## LA MODA.

Desde que Eva, despues de comer en el paraíso la fruta prohibida, sintió la necesidad de cubrir su desnudez, hasta el día, la moda ha sido la cuestión palpitante del bello sexo, y el apoyo y auxilio de su coquetería mas ó menos inocente.

En los primeros tiempos bastaron las hojas de los árboles à cubrir sus exigencias; posteriormente las pieles de los animales; y cuando descubierto el hilado de las lanas, se aplicò á los tegidos, abierto ancho campo á sus caprichos, la moda no tuvo límites en sus deseos y veleidades y avasalló por completo la imaginacion de la muger.

Esta, que siempre ha sido la que ha dominado al hombre, salvo en algunas épocas y países, le impuso esta necesidad con sus miradas y preferencias; bien siendo la favorecida la piel del tigre real y despreciada la del oso y, por consecuencia, hallandose en el mismo caso el individuo cubierto con ella, bien siendo el tegido de lino el escogido y abandonado el de burda hilaza.

Una de las cualidades de la moda es, y ha sido siempre, el llevar en sí una parte de ridículo en las exageraciones á que dá margen, en los prototipos de la elegancia y el gusto.

Las botas de la nobleza en la edad media, cuyas puntas eran de tal magnitud, que tenían que subirlas á la rodilla y allí atarlas para poder andar y que les impedían poner el pié en el estribo al cabalgar, sobre ser un lujo supérfluo, eran ridículas para la vista y un estorbo para el que las llevaba.

Los grandes tocados de la edad media en forma de cucurucho; el tintillo y guarda-infante de siglo XVII; los descomunales peinados del XVIII y mil y mil formas diversas que han afectado siempre los trages femeniles, prueban que en el bello sexo tiene un dominio absoluto la inconstante diosa, hasta en sus menos graciosas y elegantes invenciones.

Y no es solo en los vestidos; en el modo de hablar, en las costumbres, en todas las necesidades de la vida, la moda impera y manda despóticamente á sus adeptos. En la corte de Luis XIV las señoras que más brillaban por su elegancia y belleza, despues de una conducta mas ó menos libre, concluian su vida en un monasterio. Esto era moda, aunque en algunas fuera vocacion.

Hay introductores privilegiados de novedades y algunos que llevan su ingenio hasta un grado sublime. El duque de Buckingham presentandose á la audiencia de Luis XIII con la capa cuajada de perlas, sujetas con tal artificio, que, al entrar en el salon, se fueran desprendiendo y cubrieran el pavimento, tuvo admiradores entusiastas, pero nadie le imitó. Pasó como brillante meteoro, para no volver, dejando un rastro de luz é indeleble recuerdo ante aquella corte, ebria de lujo y de placer. Verdad es que tambien tenia fijos en él los ojos de la augusta soberana Ana de Austria, no menos aficionada á modas, segun los cronistas.

Pequeñas causas suelen producir grandes efectos. El rey de Francia Luis VII, casado con Eleonora de Aquitania, se hallaba dotado por la naturaleza de una blonda cabellera y una hermosa barba. Ocurrió un dia que el monarca tuvo la malaventurada idea de rasurarse esta y recortarse aquella, y cuando al presentarse ante su esposa, vió esta que habia hollado la moda dominante, le hizo varios y no pequeños desaires y á los pocos dias el divorcio separaba á los dos esposos: ella casó posteriormente con el duque de Anjou, que poco despues era elevado al trono de Inglaterra, llevandole en dote el Poitou y la Cayenna, que ya habian pertenecido á la Francia por su anterior matrimonio, y este fué el origen de una guerra que duró cerca de trescientos años y costó á los franceses cerca de tres millones de hombres. (1) Si el rey de Francia no se hubiera rasurado las barbas, nada de esto hubiera sucedido.

El principe de Esquilache, ministro del rey Carlos III, quiera alterar la costumbre reinante en el pueblo madrileño, recortando las largas capas que se usaban y variando los chambergos en otra hechura y esta sencilla cuestion de modas, dió margen al célebre motin que registra nuestra historia y que pudo costarle, con la privanza, la vida al ministro.

Las naciones se imponen la moda mutuamente. Hoy es Francia

(1) Mezeray. Demeunier.

la árbitra de sus destinos: en el siglo XV lo era España. Tanto es así, que en los autores de la época, vemos que París estaba convertido en una especie de sucursal de Madrid, pues se procuraba imitar hasta los menores gestos de los cortesanos de los monarcas católicos. Y lo peor del caso fué que se llevó à tal extremo la imitación, y se exagerò tanto, que se inventaron hasta cincuenta y dos modos de mentir, y como consecuencia inmediata de ello, en los ocho primeros años del reinado de Enrique IV murieron en desafío cuatro mil caballeros. (1)

Mas dejando à la moda civilizada y vestida, voluble en todas sus manifestaciones, imperiosa en sus exigencias y ridícula en sus exajeraciones, veamos à la moda en estado salvaje y primitivo, sin dejar de ser por ello voluble, imperiosa y vária.

Allí donde no se conocen los mil medios artificiales con que se le rinde tributo en los países civilizados, se ha buscado en la naturaleza lo necesario para el culto de tan exigente diosa. Sus manifestaciones tienen en cada tribu un carácter de estabilidad perpetua, al contrario de lo que sucede en nuestros países. Pero mientras que aquí, salvo algunas modificaciones, efecto del clima de cada nacion, en todas es uniforme, allí afecta mil formas distintas para los diferentes pueblos, à causa tal vez de la falta de comunicaciones entre algunos.

Desde las casi estinguidas tribus de indios apaches y tupinambas de las dos Américas, hasta los salvages habitantes de las Islas Madrepóricas del Oceano Pacifico, en cada tribu se nos presenta mas ó menos modificada, pero sin avanzar ni retroceder; estacionaria siempre.

En unas, los instintos, ó mas bien las exigencias de la moda tienden à agraciarse mas las bellezas naturales; en otras, y entre ellas se encuentran las tribus menos favorecidas por la naturaleza, à desfigurarlas horriblemente con sus mutilaciones.

La muger malaya, dotada de una magnífica cabellera negra, tiene una especial coqueteria en su arreglo. Despues de bañarse, la peina con esmero y frotandola con un limon partido la hace mas brillante y la arregla en largas trenzas habilmente tegidas, que hacen resaltar más la belleza de su rostro, velado à pesar de ello para los ojos de los europeos por un ligero tinte amarillo.

Sin embargo, esa misma muger, dotada tambien de una magnífica dentadura que sería envidia de las europeas, se complace, por medio de una mistura de hojas de betel y cal viva, en ennegrecerla y quemarla tanto, que à la edad de veinticinco años ó antes, muy rara es la que conserva, cuando más, la mitad de ella. Esta es la parte ridícula, este el justo tributo pagado en aras

(1) Welss.

de la divinidad, Pero en verdad que la razon que dán no puede ser mas convincente. No quieren llevar los dientes *blancos como los de los elefantes*: eso sería de muy mal gusto.

Las sandwichianas, nacidas en las islas de los amores, segun los navegantes, en la Ojijia del oceano pacífico, comprenden que una guirnalda de flores realza más los encantos de su rostro; desgraciadamente las islas de Sandwich no las producen muy numerosas, y ellas usan un recurso ingenioso para obtener el mismo efecto; los cabellos que circundan la frente son frotados con una especie de cosmético en que entra por mucho la cal, suavizando su efecto para impedir la caída del pelo, y al poco se encuentran completamente blancos. (1) Desde lejos parece ser una guirnalda primorosa de azucenas, más de cerca la ilusion desaparece, al ver aquel cerquillo canoso que repugna: pero los encantos de las insulares hacen que pronto huya la mala impresion del momento.

Cuestion de moda tambien es el llevar estos indígenas los cabellos al revés de casi todos los pueblos: las mugeres se los cortan y los hombres se los dejan crecer, pues segun dicen esto les dá un aspecto más varonil y guerrero.

La obesidad es entre ellos una señal de distincion. En la familia real, encontraron los oficiales de la corbeta francesa *Uranie* en su viage de circumnavegacion, verdaderos fenómenos de grasa, pues no se podía llamar carne á la de aquellos seres voluminosos, que, tendidos en esteras de palma, se hallaban privados de movimiento á causa de su gran corpulencia. Esta es el signo por excelencia de distincion.

Un pueblo, colonia española, se distingue por su belleza, suavidad de carácter, y sus costumbres, entre las demás tribus del pacífico: es el carolino. Solo tienen una mutilacion como moda y del peor gusto: se introducen en el cartilago de la oreja una espina á la que cuelgan un peso cualquiera que vá prolongando esa estremidad hasta que casi toca en el hombro; costumbre que contribuye á atenuar en gran parte la belleza de que gozan las mugeres carolinas. Es de advertir que esta es la única tribu que tiene bolsillos en su traje, pues los agujeros que se han hecho en la oreja, les sirven para llevar de primera intencion algunos objetos que se prestan á ello.

El arte del *talou* ó sea de pintarse el cuerpo por medio del picado, brilla en todo su apogeo en Nueva-Zelanda. Este pueblo, el más guerrero é indomable de la Oceania, lleva su pasión por esta moda hasta el heroismo. Haciendose profundas incisiones en la piel que cubren con el color mas de su agrado, se encuentran vestidos á perpetuidad con los más complicados y correctos

(1) Arago.

dibujos. Esta operacion dolorosa sirve además como prueba de valor y animosidad, pues el paciente durante ella no ha de exhalar el más pequeño quejido y ordinariamente la soportan con la sonrisa en los labios.

Tienen tanto ingenio en la composicion de este adorno y tal variacion en el dibujo, que dice el capitan Cook, que de cien indios que á primera vista pareciera que tenian idénticas pinturas, difícilmente examinandolos de cerca podrian sacarse dos iguales, siendo de admirar la gran correccion con que están trazadas aquellas líneas, así las rectas como las curvas.

La raza negra africana, aumenta la repugnancia que inspira con la costumbre de frotarse el cuerpo con grasa y aceite de palma, tal vez para poder preservarse mejor de la picadura de muchos insectos. Las plumas de avestruz, las pieles, los tegidos de palma y las bujerias de vidrio y metal que les proporcionan los mercaderes y negreros, pues desgraciadamente todavía los hay, son los principales objetos de su *toilette*. Indolentes los unos, como los hoténtotes, guerreros los otros, como los cafres, dejan adivinar en su atavío las inclinaciones y pasiones á que se hallan sujetos.

Una de las modas más extendidas entre los soberanos de los diversos reinos de la zona tórrida, es la degollacion general de prisioneros concluida una guerra, llevando algunos su crueldad hasta el extremo de construir un estanque, poner dentro su canoa, entrar en ella y dar la órden para degollar cuatro ó cinco mil prisioneros, hasta que flotára su embarcacion. Esto es horroroso, pero es verdad.

Los apaches y comanches americanos tienen que buscar su principal atavío en la cabeza de los blancos. Despues de cortar la epidermis alrededor de la cabellera del desgraciado prisionero, cogen los cabellos y de un violento golpe los arrancan con la piel á que están adheridos y el infeliz ha dejado de padecer por lo comun.

Los esquimales, errantes á través de los témpanos de los hielos del polo, son el reverso de la medalla en este cuadro. Envueltos en pieles de foca, destilando grasa por todas partes y con un hedor que repugna, sus atavíos, su moda es la misma en todos ellos, costando trabajo distinguir los sexos. Hace mucho frío y hay que buscar el calor y no se cuidan de otra cosa.

Hay que advertir que conforme vá entrando la civilizacion y dominando en las diversas tribus, ván desapareciendo estas costumbres y adoptando las modas europeas.

En O'taiti, archipiélago bajo el protectorado de la Francia, hoy día, á principio de siglo, todavía se usaban las antiguas modas; y cuando los misioneros ingleses empezaron su obra de civilizacion, y los marineros franceses, por una cuestion de etiqueta, tomaron posesion de las islas á nombre de su nacion, empezaron

los naturales á adoptar los usos y costumbres europeos; la moda parisiense se infiltró en ellos de tal manera que ya no se descubre rastro del estado salvaje en que hace poco tiempo se encontraban. Y no es solo en los trages y costumbres en lo que han adoptado los usos europeos, hasta en el gobierno y administracion han sufrido una gran reforma; pues hoy está constituido el estado en una monarquía constitucional, con sus cámaras populares, oradores parlamentarios, y periódicos ministeriales y de oposicion. No sé si los naturales estarán satisfechos con su nuevo modo de ser; por mi parte bajo la influencia de un calor de mas de cuarenta grados les envidio sus antiguos trajes y la sombra de sus bosques de exuberante vejetacion.

La pluma se cae de las manos: aún podria hablar de los enormes peinados de los fidjios, monumentos complicadissimos de arquitectura, y que están en razon directa con la categoria de la persona; de los australianos, pueblo que se halla colocado casi en la última grada de la escala social; de los ombayanos y sus atavíos guerreros; de los patagones y sus grandes mantos de pieles de vaca &." &."

...Pero hace mucho calor y solo consignaré como punto final, el principio antes indicado, de que mientras la moda civilizada varia cada año y cada dia, la salvaje es inmutable, y que mientras esta varia para cada tribu, aquella es igual para todas las naciones, ó mas bien, para todos los individuos del *Mundo elegante*.

C. BARBERÁN RODRIGO.

---

## DOS HOJAS SECAS.

---

Hoja marchita, que arrastra el viento,  
Sombra, que cruza mi pensamiento,  
Gota de agua, que seca el sol;  
Flor, que fascina, dando tormento,  
Es mi ilusion.

Y hoja ya seca, que el viento olvida,  
En el espacio sombra perdida,  
Gota de agua, que el frio heló;  
Flor, que carece de luz y vida,  
Mi corazon!

A. G.

---